



PALERMO

1849

I

Bajo *el árbol del perdón*, como llegaron á llamar al añoso aromero cuyas ramas sobresalen aún por cima de la tapera del tirano, en aquella mansión que, si posteriormente ha sido el *rendez-vous*, ó cita de las Gracias, era entonces «Quinta de las lágrimas,» y en la mañana del 3 de febrero de 1849, leía una joven á su sombra abultada correspondencia.

Alta, delgada, pálida, ojerosa, la bata de su blanco vestido prendía ovalado medallón de oro. Alzándose un poco el viso rosa en el movimiento de su *mecedora*, dejaba entrever zapatito del mismo rojo color del moño que adornaba sus cabellos castaños, cuyas enruladas hebras bajo la sien formaban dos *patillas* á la moda.

La negrita del mate le alcanzaba en sus idas y venidas numerosas cartas que seguían llegando. Aunque no sólo en las tardes de Palermo la concurrencia se aglomeraba en sus paseos y bosque de magnolias; de día, de noche, á todas horas se recibía, y no era aquel el primer miércoles fijado por Manuelita como día de recibo.

Mansión de los contrastes pudiera llamarse á ésta, que al medio siglo cae hoy bajo la piqueta demoleadora del progreso, resumiéndolos el aromero, que en vez de doradas flores mostraba sólo desnudas espinas. Mientras que á su sombra una mujer joven, bondadosa, sensible hasta las lágrimas, si bien en disimulo forzoso corrían para dentro, que es más amargo el llanto que no sale, en esta ocasión humedecían las páginas, que eran como un lamento prolongado. En todas ellas solicitábase la protección

ó el amparo de ese ángel bueno, así en justicia llamada Manuelita Rozas por los que se acogían á su amor filial, cerca de ese ángel malo, que apenas pasó un día sin infligir algún ultraje á sus semejantes.

Porque bueno es recordar á esta brillante pléyade de cabecitas rubias que diariamente desfila bajo las sombreadas avenidas, que al pie de cada uno de sus más viejos árboles ha sido regado por lágrimas de madres, esposas é hijas, quienes pocas veces evitaron que fuera salpicada de sangre al verde alfombra del recortado césped.

Diez años no duró el reinado del tirano en aquella mansión de flores y de llanto; pero si en medio siglo apenas habrá faltado una hora de placer ó de esperanza á las dos generaciones que le sucedieron, bien puede asegurarse que más almas afligidas y desconsoladas ocurrieron allí, que las que en alegres cabalgatas, meriendas, pic-nics ú ostentosos equipajes lucieron luego en el bosque.

II

A pesar de las ingentes sumas y millares de brazos por muchos años empleados para transformar aquel páramo que las crecientes del vecino río inundaban, no fué nunca un paraíso ni para los más íntimos satélites de Rozas; si antro del crimen en que llegaron á fusilarse doscientos hombres en un día, mansión de horrores donde muchos cayeron en larga orgía de sus noches sin sueño.

Palermo fué un infierno. A su puerta había un ángel. No siempre sus alas extendidas alcanzaron á proteger cuantos bajo ella se cobijaron. Si su generoso corazón no alcanzó á derramar las flores de su nombre en el camino de Palermo, apartó de él asechanzas que le rodeaban, si bien contadas veces le fué dable alzar la espada flamígera de la justicia, que no le era dable volver contra su padre.

Muchas órdenes sangrientas partieron de esa tenebrosa morada del crimen. Su *crujía* fué el purgatorio de muchas almas en pena. ¡Cuántas cabezas colgaron de los árboles de Palermo, cuya edificación había empezado antes del terrible año 40!

No era extraño, pues, se enfriara el mate ó lo devolviera con desgano la joven que al doblar la última misiva suspirara tristemente, desconfiando alcanzar la mitad de las gracias solicitadas. Desde los cien azotes por simple falta á lista de tarde, hasta la última pena; de solicitud de desembargo, á licencia para regresar de la inmigración, apenas había deudo que dejara de ocurrir á la protección de la hija del tirano, de quien era ella su

primera víctima. Con igual bondad contestaba á todos, sin dejar de prodigar esperanzas, que en verdad poco abrigaba.

Al terminar la numerosa lectura cotidiana, fué Manuelita á poner los memoriales en el altar de San Benito, bajo la vela de la Candelaria que en la función del día antes bendijera el padre Camargo, después del último sermón del ex jesuita Magesté, y arrodillada en la capilla pedía en ferviente oración que se apartara todo peligro de su tatita.

D. Juan Manuel Rozas no tenía hora fija de trabajo, ni para comer ó dormir. Su fiel negro Adolfo era el guardián más inmediato de su sueño, pues con frecuencia dormía en verano con puertas y ventanas abiertas, quedando de servicio toda la noche alguno de sus escribientes de confianza: Carrasco, Argerich, Gallardo, Sáenz, Balcarce, Arzac, Gallegos, Torres, Seguí, bajo la dirección del coronel Rodríguez. Los profesores de Manuelita, D. Juan Camaña, el de los veinticinco mates; Fontana, de francés; Camelino, de piano, tenían habitaciones en el pabellón extremo al de la suave y bondadosa discípula. Ni aun en los de ésta había alfombras, cortinas, cuadros, ni otros adornos; apenas zahumadores y profusión de espejos. Frugal en sus comidas D. Juan Manuel, á más del puchero y asado diario, se limitaba á postres de mazamorra, locro, arroz con leche ó dulce de zapallo. La china María Eugenia, que tenía menos de china que de ingenuidades, con patrón de gusto poco delicado, no sólo en el comer, hacía de repostera ó ama de llaves en todas las dependencias de la servidumbre, primera sirvienta para todo servicio.

En el campamento de bajos ranchitos de paja y barro, techados con teja colorada, tras la actual quinta del poeta Varela, quedaba la *crujía* ó depósito de condenados, así llamada, porque cuando se oían crujir los granos de arena bajo las fuertes pisadas de Rozas, que siempre se aproximaba aceleradamente, crujían como ellos los huesos de los martirizados. Este hombre de bello aspecto, ojos celestes, semblante sanguíneo, que vestía por lo general pantalón azul oscuro con vivo colorado, chaleco punzó, blusa y gorra color pasa, llevaba continuamente una larga caña en la mano.

En la capilla, frente á la hermosa imagen de la Purísima, sentábase en el largo sofá de cerda negra el padre Fernando, capellán de Palermo, á oír en confesión las arrepentidas que se arrodillaban á sus pies. Cuentan que alguna vez, al oír en confesión una de las espías mazorqueras, le reprendió desde la primera palabra:

—Por la señal de la Santa Cruz.....

—De la Santa Federación, diga, que Santa Cruz (D. Andrés) es salvable unitario.

Rozas concurría allí los sábados á rezar *la Salve*, en medio de su familia y servidumbre, con caridad tan indiscreta, que alguna noche llegó á concluir su rosario agregando:

—Un padrenuestro y una avemaría para que el canónigo Palacios no siga viviendo mal con D.^a Pepa G...—y la aludida se hallaba de cuerpo presente.

D. Eusebio de la Santa Federación y el mulato *Biguá* no eran los únicos locos en Palermo.

III

Poco después del almuerzo, sonriente y satisfecha, corría Manuelita al despacho del oficial mayor con las solicitudes en que consiguiera hacer escribir al margen la palabra *concedido* por la férrea mano paterna que todo lo aplastaba.

Como día de recepción, los miércoles eran de mayor concurrencia en su sala, y aunque el almuerzo fuera temprano, si bien no tarde la comida, pues se acostumbraba cenar, solía servirse ligero *lunch* en el bosque de las magnolias ó en la barca. A ésta se dirigía la niña, pasadas las horas de calor, con sus íntimas: las Caneva, Larrazábal, Gómez, Velázquez, Pinedo, y sus tías, la hermosa Agustina, Mercedes la poetisa, María Josefa la chismosa, Gregoria la compasiva, acompañadas de caballeros, bajo los verdes sauzales, hacia el barco varado, cuyo piano llegó á tocar Esnaola y Marotto en dúos con el violín del inolvidable Sivori. Subiendo iban la estrecha escalera cuando llegó el ministro de Su Majestad británica, D. Enrique Southern, diplomático de poncho cabalgando sobre recado criollo, recordando á la señorita que venía en apero nacional por haber ofrecido acompañarla así en su paseo á caballo.

No obstante disculparse ella haber olvidado caería en miércoles el día indicado, oyendo Rozas el diálogo, á media escalera agregó:

—A un representante de la Gran Bretaña no es conveniente desairar.

Y mientras servía el té sobre cubierta, la fiel mucama Eugenia fué á traer el caballo de la señorita.

Agregáronse á la cabalgata improvisada Juana Sosa y Angela Saravia, no sin hacer Rozas la selección de los acompañantes, de modo á serle urgentísima una copia encargada á D. Juan Camaña, primer pendolista y taquígrafo entonces, y marido después de la Saravia, en cuya personería fueron dos de sus sobrinos más buenos mozos: Franklin Bond y Luchito Mansilla con Ladislao Martínez y Herrera

Se emprendió el galope por el camino perfectamente regado todas las tardes, y también todo colorado como los carritos aguateros. Desde el en-

cargado de recoger cada hoja que caía, á gallego por naranjo (invirtiéndose seis mil pesos de jornales diarios), vestido de rojo chiripá, gorro de manga caída, largas rejas entre postes colorados, camino de peatones color borra de vino, enrojecida arena que festoneaba el más amplio de blanca conchilla, línea interminable de soldados, cual roja faja sobre la ribera, formados á la hora de lista, tocando la banda militar *el tambor de Palermo*, hasta las rojas margaritas silvestres que asomaban timidamente, como pidiendo disculpa al dueño de aquella mansión que todo lo enrojecía. por nacer en verde prado, á todos lados fulguraban encendidos colores, cual el inflamado horizonte de esas magníficas puestas de sol en Palermo. Del primer galope llegó la cabalgata hasta el rancho del pescador de la Recoleta, y dando vuelta Manuelita á su brioso *colorado*, que cintas del mismo color adornaban de la testera á la baticola, subía frente á la antigua quinta Del-Sar, cuando el ministro inglés preguntara:

—¿Por qué llamar Palermo de San Benito?

De tal interrogación tomó pie la gallarda amazona para dar una lección de historia á galope al británico moscardón que la mareaba como su antecesor con insípida galantería y melosidades á media lengua. Los representantes de Su Majestad británica parecían traer por entonces la doble misión de halagar al tirano y obsequiar á su hija.

—Fué—contestó—porque la suegra de Torrecillas, dueño del primer terreno adquirido por *taita* aquí, llamaba *Arroyo de Palermo* á éste, cuyas excavaciones se han prolongado hasta frente las casas. Habiendo viajado por Sicilia, se le antojaba semejante en algo al de su capital, llegando en su fantasía á divisar cual un pequeño Etna en erupción, al elevarse sobre la torre de la Recoleta humos de quema en los mataderos, y azulado mar de Sicilia en este inmenso río cuya opuesta orilla no se divisa. Desde el regreso de la expedición al desierto acampó aquí la última de sus divisiones, aumentada cuando el bloqueo de los franceses, por ser campamento estratégico para ocurrir, ya en defensa de la ciudad, ó en previsión de cualquier desembarque sobre la costa. Torrecillas adquirió el terreno más inmediato á la actual quinta de Unzué, á cuyo costado corría casi exhausto el arroyito Palermo. Hacia el opuesto extremo, sobre la barranca de Corvalán, cerca de la Calera de los Franciscanos, un viejo vecino había levantado la pequeña capilla á San Benito, para que sus negros esclavos no carecieran de misa los domingos.

De la unión de estos nombres encontrados en los confines de la propiedad combinóse el de Palermo de San Benito, con que fechaba Rozas su correspondencia, más que de la tradición siciliana que la espiritual Manuelita refiriera al inglés que andaba perdiendo los estribos por ella.

IV

Y en esto llegaron donde hoy se alza el *chalet* color chocolate (Departamento de Agricultura), deteniéndose á contemplar las alegres cabras del sargento Basualdo, triscando por las barrancas y regresando á todo galope á la barca de donde partieron.

Como el chistoso Mansilla (D. Adolfo) interrogara desde la alta borda: —¿Qué han hecho del inglés?

Contestó Juana Sosa:

—Con las calabazas de Manuela se le aflojaron las cinchas.

Al poco rato llegaba el embajador en recado á gran galope, seguido del ordenanza de confianza de rojo chiripá que acompañaba á la niña, en previsión de cualquier servicio, aunque era Manuelita una de las primeras Amazonas.

Bien se dice que no hay más linda vista que un hermoso rostro. No la puesta de sol entre arboles y encendidas oriflamas deslumbrara en ese momento al entusiasta amartelado, sino la hermana del dictador, que de aquella altura admiraba la magnífica sinfonía de colores. El último rayo de sol, jugueteando sobre los desordenados cabellos de Agustina Rozas, quebrábase entre encajes flotantes de la sombrilla punzó, formando nimbo que doraba toda su esbelta figura al destacarse sobre el límpido horizonte azulado, cual la bella diosa de la tarde.

A la comida siguió el baile, baile improvisado de todos los miércoles, en que el maestro de piano agregaba algunos de los jóvenes Ambrosio, Tiburcio, Espinosa, Albornoz y otros parditos que tuvieron su popularidad, empezando por los coros de la catedral, hijos ó nietos de la familia artística á que dió escuela el canónigo Picazarri, y de quien fué el más sobresaliente discípulo su sobrino D. Pedro Esnaola, nuestro primer compositor.

No era costumbre en esas sencillas tertulias invitar á Manuelita. Ella elegía compañero de vals, á que era muy aficionada. Por consideración de estado, haciendo los honores de la casa, vióse obligada á figurar en la primera cuadrilla con el ministro inglés, personaje de más categoría. A su frente, D. Prudencio Rozas perdía el compás, extraviando figuras por hacerle figuritas á una de las más hermosas niñas de Romero, que luego desposó; el cónsul de Prusia, Sr. Halbach, bailaba con la bella Agustina, y su no menos bella señora con el caballero Riglos.

Así como á la mesa, pocas veces asomaba D. Juan Manuel en el sa-

lón, y en su testero principal descollaban en el estado mayor de señoras las de Arana, Belaústegui, Larrazábal, Rolón, mientras que hacia el opuesto extremo sobresalían la elegante señorita Avelina Pinedo, por su aire majestuoso, al lado de la blanca flor del aire, Pepita Larrazábal, y de las señoritas Arana, Terrero, Barra, Romero, Ezcurra, Mansilla, asediadas por Martínez de Hoz, Estrada, Arredondo, González Moreno, Elizalde, Mandeville, Arcos, Hernández, Pérez del Cerro, y en grupos de entrepuertas, rodeando á D. Antonio Reyes, los empleados de secretaría Beascochea, Lafuente, Carrasco, García Fernández, Saavedra, Camaña, Máximo Terreros, Fontana y otros.

Ese día no había sido la concurrencia de carruajes tan numerosa, pero sí la de señoras y señoritas á caballo, algunas ya con el sombrero alto inglés, tan repudiado por Rozas, como las gorras de moda que empezaban á usarse, de la inolvidable Madama Ristorini.

Sin embargo, se notaban por sus buenos equipajes el que conducía á la señora Agustina Rozas de Mansilla y su familia, uno de los carruajes de Luis Felipe que el ministro francés obsequió á D. Juan Manuel; y entre los modernos hacían contraste el de la señora Ana Pantaleón de Fraguero, de la familia de Armstrong, de D. Benigno Velázquez, con el viejo cascajo de doña Flora Azcuénaga, y el alto coche rojo, tirado por mulas blancas, del ilustrísimo obispo Medrano.

V

Bien que, cual anotamos, los contrastes en Palermo empezaban por el señor de aquella residencia, de espíritu perverso bajo hermoso rostro, continuaban en esa naturaleza espléndida, donde flores y músicas deleitaban alrededor de galerías, en las cuales frecuentemente oíanse suspiros y lamentos de muchas desventuradas. En esos mismos días de recibo en que esta buena hija procuraba atraer hasta las voluntades más esquivas ó alejadas del círculo de su padre Rozas tenía alguna chocarrería, ó pesada burla que resaltaba como la nota disonante.

Toda agitada y llorosa salía ese miércoles la bella Agustina de las habitaciones interiores de su hermano, diciendo al primero de los jóvenes que encontró al pasar la antesala:

—Venga, Emilio; acompáñeme al jardín; necesito tomar un poco de aire.

—Pero ¿qué tiene Agustinita? ¿Qué le aflige?—preguntaba el galante Dr. Agrelo, tratando de consolar á la bella afligida.

—¡No ve este bárbaro de Juan Manuel que en todo se ha de meter!

Hasta las gorras declara *salvajes unitarios*, y las que nos acaban de mandar por el último paquete á Mercedes y á mí las ha ido á poner á las mulas del obispo, porque dice que no debemos usar modas de gringas con hojas verdes.

En otra ocasión, divisando bajo los sauces al Dr. Vélez y el Sr. Armstrong, quienes criticaban *sotto-voce* la manía de edificar sobre arena y en un bajo arcos que ya se abrían y rajaban en suelo movable, hizo abrir la jaula de la tigre mansa de Palermo, y como ésta al pasar se alejara del grupo que se proponía sorprender, el chacotero D. Juan Manuel fué á referir á las señoras que «la fiera se había asustado al ver tanta fealdad reunida»

Otro miércoles se empeñaba en hacer subir á los más tímidos en cierta especie de *hamaca rusa*, que en vez de girar en círculo como las calesitas de la plaza dando vueltas, su rotación era ascendente, subiendo y bajando con mayor peligro, pues ya Lerbet había sido su víctima. No era la última de las diabluras de Rozas, en los días de recibo de su hija, lo que susto mayúsculo ocasionó á los currutacos, haciendo abrir la válvula del vaporcito manejado á mano, cuando navegaba en lo más profundo del lago, y de cuyo naufragio no fué sólo Marcos Arredondo quien á pique estuvo de tomar grave pulmonía.

En otras circunstancias Rozas, que si mucho comía, nunca bebía ni fumaba, hacía gala de obscenidades en su conversación, hasta verse obligada la pobre Manuelita á levantarse ruborizada por las picardías que provocaba. En el almuerzo de esa misma mañana, empezado, como de costumbre, dando á besar la mano á su hijo Juan, al concluir de bendecir la mesa produjo entre sus bufones la siguiente chocarrería, interrogando á Eusebio el de la Santa Federación:

—Pero al fin, ¿cómo la vas á tratar?, ¿qué vas á hacer de la niña cuando te cases, si consigues que te eche la bendición su paternidad el *padre Biguá*?

Contestando el loco con palabrotas más verdes que la ensalada de pepinos olvidada entre los postres, arrancaron de Rozas carcajadas á des-



Agustina Rozas de Mansilla, la más bella argentina, en mediana edad

ternillarse, al mismo tiempo que alzaba besando el pan caído al suelo.

Ese miércoles 3 de febrero de 1849, al oír el inimitable violín del célebre Sivori, que parecía heredado del inmortal Paganini, contentóse con decir á D. Pedro Esnaola:

—¡Más me gusta la guitarra de mi payador Chano!....

VI

Con el toque de diana empezaban los castigos, cuyos ayes se prolongaban más que su música, ordenados en la lista de tarde, que terminaba con vivas al Restaurador y á la Santa Federación. Entre las manías del tirano predominaba la de que todo el mundo había de arreglar la hora por la de su reloj. El cañonazo á las ocho de la noche era la señal de silencio en el campamento y de regulador para los relojes, sonando al mismo tiempo otro del buque de la escuadra en valizas.

Mucho tiempo después tuvimos ocasión de entregar en Londres á Manuelita semillas de ese su árbol predilecto que una de sus fieles, nuestra buena amiga María Antonia Beláustegui de Cazón, nos encargara poner en propias manos; y hasta su último año, el coronel Guerrico, jefe de la escuela naval allí, le enviaba aromas del espinillo á cuya sombra oyera tantas desgracias. Hoy se desgaja de viejo en el antiguo «patio de las piletas,» dentro de las cuales se cultivaron las más raras plantas introducidas por Casajemas.

Cuando vagábamos anoche entre ruinas, á la luz de la misma luna que alumbró en Caseros la última noche del tirano, siguiendo las guías de dinamita dispuestas para hacer volar los arcos, nos acercamos á cortar una rama del *árbol del perdón* en la «Quinta de las lágrimas.»

Lleno de grietas y carcomido, profundo hueco han dejado sus descascaduras, y al arrancar aquel gajo, gemido á eco parecido del pasado creíamos oír en su concavidad, acaso de alguna víctima que desfalleciera sin esperanza sobre sus raíces, y luego en el lamento de sus ramas por la nocturna brisa, como el doble aleccionamiento que deja la tradición de Palermo. En todas partes se puede ser buena y aun llenar bella misión sin dejarse contagiar en mala atmósfera; que todo noble corazón aun en las mayores angustias puede llevar un rayo de esperanza al menesteroso. Entrañan otra más elocuente enseñanza esos techos que caen, bajo los que se meditaron los mayores crímenes: que nunca jamás en circunstancia alguna debe un pueblo abdicar sus derechos, depositar en un hombre *la suma del poder*, ni investirle con *facultades extraordinarias*.

Alrededor de los arcos edificados por el maestro mayor D. Salvador Sartori y Cabrera, según los planos del Sr. Senillosa, se plantaron cien mil sauces que el primer vapor *Manuelita* transportó de las islas, para rodear la mansión que, residencia del tirano, Colegio Militar, Escuela Naval, centro del más hermoso paseo en la capital de la República, cae con sus muros hechos polvo en el 47.º aniversario de la caída del más grande de todos los tiranos, ya cumplida la profecía del poeta:

«¡Ni el polvo de tus huesos
la América tendrá!»

3 de febrero de 1899.

